

POR EL JARDIN DEL SOL

por

ROSENDO TELLO AINA

En homenaje a Juan Gil-Albert

CUANDO una mañana de abril tomé el autobús que me llevaría a Bolscan, no podía adivinar el giro sorprendente que iba a cambiar el rumbo de mi vida. Yo apenas conocía esta ciudad que había recorrido apresuradamente y de paso. Recordaba con vaguedad algunas calles y poco más. Con el tiempo, a esta visión vino a superponerse otra ficticia de postal: una vertiente de tejadillos áureos que se derraman hacia abajo en friso animado de contrastes; acá y allá, manchas verdeamarillas de frondas entre la entonada presencia melancólica de cipreses. Todo a modo de predela abigarrada para que más resaltara en las alturas, cortado a finísimo bisel, el pabellón majestuoso de la acrópolis: dentro de un aire severo que intentaba corregir el parecido de urbe florentina que yo me había forjado.

Sin embargo, y a pesar de impresiones tan fugaces, algo de su naturaleza se grabó tan profundamente en mi recuerdo, que una vez allí, no necesité realizar ningún tipo de reconstrucción imaginativa, porque vivía ya en el fondo de mi percepción más alertada y sensible. El paisaje que ahora se desarrollaba ante mi vista cumplía el rito de una lenta iniciación: la de dejarme prender en una transparencia de fanal. Las distancias parecían acortarse al conjuro de una luz morada por su férvida intensidad y recogerse en honduras torneadas al amparo de cimas brillantes como gemas. Todo se me presentaba cerca y a la vez muy lejos, merced a un encantado juego de refracciones, y algo de mí escapaba y me dejaba como suspenso en un vacío que sólo podía entender como el vuelo cordial de la melancolía.

Esta naturaleza empezaba a actuar con tan acuciante tensión, que desde entonces me sentía vivir bajo el desasosiego de un desdoblamiento de conciencia y, al propio tiempo, de un aquietamiento de la voluntad, hasta tal punto que ahora creo haber obrado movido por dictados ajenos a la parte más consciente de mi

ser. En un recogimiento interior que estimulaba una incitación poderosa, distraída de accidentes peregrinos en su manifestación; en una soledad compulsiva que exasperaba un complejo imaginativo; atentos los oídos del alma, dispuesto como caja de resonancias el espíritu. De tal modo conjuro los recuerdos, después de muchos años, en espera de que al menos el eco pueda suplir la huida del sonido, al igual que adivinamos el canto de los pájaros por el trazo imprevisto de su vuelo.

Así es como me inclino hacia esa parte de mi vida, ascendiendo desde el Sur, donde no había hecho más que asomarme, una y otra vez, al barandal abierto a una llanura desolada que unos ceros premonitorios clausuraban. Recuerdo cómo fue. Había llegado a Bolscan, ciudad encallada en una edad intemporal, bien guarnecida de las presiones temporales por la profunda situación de su emplazamiento. La Hoya la denominan, y creo que con acierto; pero una hoya en la que resonara una campana alucinada de silencio, una larga campnada de sol crepuscular dentro de un acuario. Una ciudad que explico por el cerco violáceo de sus montañas que a todas horas provoca un impulso de ascensión. Supongo que este doble aspecto de mi recuerdo, profundidad alucinante y ansiada elevación, situación intemporal y cerco histórico, explicarán la particularidad de la soledad que allá viví.

Me veo pasear el primer día de mi llegada bajo un cielo sedoso de abril. Son las once de la mañana y me encuentro en el parque donde he ido a parar no sé cómo. ¿Por qué recuerdo con tan viva precisión esa hora matinal? El parque es diminuto y femenino; algo del aroma enervante de la hembra había en él que me apasionó. Tan perfectamente trazado que parece ordenarse siguiendo los hilos invisibles de una alegoría solar. El centro circular, abierto como un disco resplandeciente, está ocupado en casi su totalidad por un estanque, que a esas horas de la mañana semeja un extraño ópalo girasol. De él arrancan pasadizos irradiantes hasta perderse en el cercano confín que lo clausura con una densa valla de sombríos cipreses. Acá y allá, a fin de que el simbolismo adquiera todos sus atributos, unos pavos reales exhiben con majestad y gracia a la par su abanico de pedrería bajo las frondas luminosas. ¿Por qué vine a parar aquí, a este umbráculo soleado, donde el tiempo externo, antes de recogerse, parece imponernos desde la pérgola de hiedra el silencio más íntimo con su mano de musgo? Un vientecillo gárrulo aconseja el blando movimiento de las copas misteriosas, mientras me siento en un banco cualquiera, al amparo de la bóveda esmaltada de un mag-

Por el jardín del Sol

nolio gigante. Fuera del recinto encantado de este jardín solar, habían quedado los perros vigilantes de los sentidos que me acompañaban desde la ciudad lejana.

¿Dónde me hallaba ahora? ¿A qué había venido aquí? Estas reflexiones iban a presidir mi vida, olvidado ya de cuanto el hombre juzga primordial, para atender a la llamada de un secreto camino. Me encuentro vagando por aquella ciudad perdida, resonando dentro de mí mismo, con esa oquedad propia de las ciudades fantasmales que nos permiten percibir hasta lo que resuena más allá de nosotros mismos. Me veía como un árbol trasplantado en el ambiente y la atmósfera que le son más nutricios. Nada en ella que me distrajera de mi habitual solipsismo. Mi vida, ya al poco de llegar, se reducía a un diálogo constante con la naturaleza, o para ser más fiel, a un monólogo conmigo mismo, porque jamás una tierra halló tal capacidad de representarme, de asumir la total y entregada personificación de mi espíritu. Tierra de semblante y tonalidad de alma, de vientre estremecido por la parda sacudida de su estertor solar. Con ser tan sequiza y dura, de cielo cristalino y compacto como níquel, tenía para mí la movable figuración del mar.

Por ella andaba como por una lámina porosa y delicada, corazón sensible ante los más leves estremecimientos pasionales plegado a mis pasos. A veces parecía sentir que desde el fondo unos brazos poderosos tiraban de mí y me hundía blandamente en un magma frondoso acariciante. Recuerdo ahora una extraña sensación de moverme, más que dentro de una atmósfera, en una geosfera maternal; en un volver a renacer zarceando por un vientre nutricio. Allí la luz se hacía sustancial, de un éter placentario, plancton luminoso que alimentara un sueño cuya realidad consistiera en desfigurarme para adoptar las formas peregrinas de un proceso vegetativo. Absorto en una muelle mirada telúrica fija que fuera un pensamiento evanescente, al son de una música gangosa que sube y baja de diapasón sin dar el tono justo, excepto cuando el sol, poco antes del ocaso, tiraba de las cuerdas flojas y las ajustaba a las clavijas de las encinas que sobre los cerros diamantinos respunteaban la línea sutil del horizonte.

He nombrado las encinas y no creo que al azar. La vida se manifiesta en ellas con tal tesón sombrío, con tal simbiosis entre profundidad magmática y altura exasperada, que en su encanto forcejeo parecía refugiarse cuanto de mí no hallaba explicación. Árbol heráldico, abierto a la caverna mágica del aire que ha modelado para configurar su propio impulso y su esplendor de sue-

ño. Nadie como este árbol me acompañó en tantas horas de paseos meditativos. Contemplo las encinas reclinadas contra el cristal dorado de la tarde donde el viento repiqueteaba, resonantes como cúpulas de algún templo solar; recogidas en el amanecer como aves adormiladas, o alucinadas en el chispido eléctrico de las siestas por el chirriar de las incansables cigarras. Se sitúan de espaldas hacia la llanura empequeñeciéndose; crecen sibilinas en las vertientes de los somontes, apoyándose en los amarillentos copos de sus vecinos los enebros, y hacia el Oeste pierden esa apariencia y espesor sombrío que las caracteriza para brillar como címbalos de oro en el amago solar.

La vida del árbol se me comunicaba en su metamorfosis natural, no emblemática sino real y absorbente. El cambio que en mí se operó no tendría mejor explicación que asociándolo a la encina. Pues me sentí pasar, de la insípida vida ciudadana que nos desnaturaliza, a la vida vegetal del árbol; pero vida vegetal sombría, tal como corresponde a la atmósfera de la tierra que se me había dado a elegir. Nada más de acuerdo conmigo que esta soledad compacta, que esta arriscada independencia desolada y cenicienta. Ya que la encina se ensimisma dentro de su sueño que es su suelo, y la proximidad de sus hermanas parece afincarla aún más dentro de su exasperado contorno. Árbol ascético como el que más, alberga en sí su propio camino y si se distancia y se extravía en la soledad de las calizas, se enajena en el temblor anhelante de su conciencia, y diríase que su crecimiento le viene exigido por una profunda reflexión interior que la imanta hacia arriba.

Con todo, asisto, no sin estremecimiento aún, a la lucha sorda que se entabló entre mi naturaleza y la de la tierra que me sustentaba. Necesitaba interpretarla para interpretarme, necesitaba urgir su aparición para apremiar las capas de mi espíritu todavía renuentes en dejarse someter. Menudeaban mis paseos solitarios, desconocía todo género de vida social para la que siempre me he sentido tan escasamente dotado y a los ojos de los demás debí de pasar por una especie de lobo de las estepas. Conviví con mis compañeros en las horas de trabajo que siempre acometí con ánimo y entrega ilusionada, pero nada más. A veces se comentaban mis rarezas, aunque, lo reconozco, con simpatía y hasta admiración que yo atribuí a un cierto halo de escritor que me acompañó ya desde el principio. Todo quedaba en bromas intrascendentes que la afabilidad de mi carácter suavizaba.

En las tardes insondables recorría los parajes más recónditos,

me asomaba a las cimas de los montes, me entenebrecía en los bosquecillos de las vaguadas y ninguna hora con su aroma o color peculiares me pasaba desapercibida. Poco a poco vino a tomar cuerpo en mi mente una idea que desde entonces se me reveló como obsesiva, no por lo que tuviera de original, sino por la capacidad de entrega que me exigió. Traté de movilizar en mí aquella que denominé «imaginación plástica». Con esta idea me explicaba, o intentaba explicarme, mi empeño en descubrir el alma de la tierra. Y el alma presunta que intentaba descubrir llegó a hacerse visible con tal materialización visual, con tal visualización sensitiva, que aun hora, libre ya de aquella pesadilla, me subyuga. Pero si el atardecer era el momento en que la imaginación de la tierra se me convertía en dolorosa por lo acuciante de su manifestación, al amanecer le correspondía el grado más puro de su materialización concreta. Vivía yo flotando entre esas dos zonas crepusculares, entre la vaguedad ensoñadora que acompaña a la puesta del sol y la expresión vital de su salida. Husmeaba en esas horas con todos los sentidos desplegados, a los que daba libertad para la caza frágil de lo imaginativo, y cuando se alojaban de nuevo en mi interior, lo hacían con estrépito, hasta que el espíritu, agotado por tan sorda correría montaraz, se recogía en una soledad mezcla de insomnio placentero y denodada vigilia. Un Acteón siempre acosado por sus perros a la hora radiante de las manifestaciones lunares.

¿A qué podía aspirar sino al ahondamiento de una aventura interior? ¿Qué podía fortalecer mi imaginación que no fuera el camino hacia abajo? Porque nada que menos convoque a los sentidos que esta tierra; ninguna incitación natural, ningún reclamo a las potencias exteriores. Miraba hacia atrás, hacia la planicie polvorienta, y un sueño de pardas margas rizadas ahogaba todo sentimiento lujoso de vida; hacia el Norte, la montaña, desde una profunda crispación eremita, se dejaba ganar por una exaltación mística; el espacio intermedio parecía ocupado por la concentración maciza de un románico abatido, severo y polvoriento. Pero faltaba el árbol del sentido, el delirio lujuriente de la luz que acaricia las formas y las embebe en la melancolía sensual de la tierra. Faltaban los sentidos que nos atan a ella con ánimo de poseerla como a una hembra risueña y anhelante. Mi vida se expresaba con sentidos interiores, fungibles los demás, macerado el de la vista por la asunción descarnada de la naturaleza que yo había perseguido.

Recorrí en solitario aquellos lugares que más habían solicitado

mi atención. Estudié sin necesidad de papeles, fiándolo a la capacidad receptora de mi sensibilidad, el emplazamiento de los monumentos; la hora, el espacio, el estado del tiempo, me permitían anotar hasta el más insignificante gesto de la piedra y su emoción. Compulsé las variedades del románico en ese juego tornasolado de las refracciones. Me entretenía con frecuencia en aplicar mi especial mecanismo imaginativo, que consistía en intercambiar espacios y tiempos, experimento con el que pretendía componer la forma única buscada a través de los mil fragmentos dispersos del ser. Pero ¿cómo extraer esa forma de un infinito número de semejanzas posibles? Mediante la imagen, pensaba, como quien se aferra a una tabla salvadora.

Existe un lugar cerca de la ciudad que muy pronto disfruté de mi predilección. Un río, de nombre Flumen, y que atribuí al designio de alguna graciosa divinidad ancestral, se demora en sosegado curso al amparo de las últimas estribaciones montañosas, siempre marchando hacia el Este. Corta la roca de arenisca con la precisión de su estilete fluvial y crea una ensenada de linfas transparentes y ociosas que allí parecen detenerse con el embrujo de un espejo. La llanura de margas macilentas se insinúa hasta allá, vigilada por una avanzadilla de carrascas erizadas. Sombreadan las aguas unos corpulentos álamos de gentiles vástagos plateados, mientras leves campanillas se cimbrean al compás de una brisa apacible que parece brotar de alguna gruta misteriosa. Una calculada primavera engaña a las estaciones, excepto a aquella que se manifiesta con el fervor natural de que se adorna.

Dejemos que los pardos ruiñesores se remonten en la hora propicia de su canto y que las intempestivas cigarras aconsejen el momento de los sentidos despiertos en el fervor crepuscular. Allá me dirigía, sin saber a ciencia cierta qué decisión última movía mis pasos. Me sentaba en el césped y me dedicaba a contemplar el infinito juego de las aguas, que se deslizaban por la orilla agitando los finos tallos de la sflorecillas acuáticas. Quizás ahora sonriera al comprobar, de hallarme allí, el escaso interés del lugar que ejerció en mi vida tanto influjo; pero entonces era todo un mundo el que se recogía a los pies de alguna invisible divinidad. Divinidad que, si yo tuviera que asignarle un nombre, elegiría este: Inutilidad, y a sus plantas ornadas con guirnalda de mimbre, su compañero, el Ocio. Ninguna imagen en apariencia más vulgar y, sin embargo, más reveladora de todo lo que en aquel santuario compensaba mi entrega.

Sin transición apenas, con sólo traspasar el umbral susurran-

Por el jardín del Sol

te de unos álamos, me deslizaba desde la profunda planicie parmenídea hasta el curso vigilante heraclitano. Allí aprendí el lenguaje sugestivo de las aguas y una naturaleza ensimismada me comunicó su secreto, que no era otro que saber esperar. Esperar, esperar bajo el signo riente de los cielos, cuando nuestra vida se prolonga más abajo, como una sombra luminosa, acariciando en blancos canalillos musicales las bocas sedientas de las margas cetrinas. Era el ser el que se extendía más allá en espera de la caricia del agua; era un curso inmarcesible el que ponía en juego la fecundidad de una tierra, entregándosele con belleza de álamos y resonar de brisa que una gruta invisible mantenía como una pura llama de nieve encendida. Volvía a la ciudad cuando las sombras de la noche apagaban con dedos temblorosos los últimos destellos en los floridos ventanales. El humo tibio de los hogares llenaba de inscripciones un cielo de cera entredorada.

Hacía muchos años que no escribía versos. No se trataba de sequedad o de agotamiento; era más bien descontento de mí mismo y de la marcha general del ambiente que había dejado atrás. El tono de aquel ambiente me asfixiaba por su acarreo de vulgaridad rampante, por su mediocridad, que ni discretamente remontaba la línea de una mediana información. He dicho información y creo que con término justo y no debidamente señalado. Se nos ahogaba la vida en la información: la poesía informaba, moral burguesa al canto, ideología partidista galopante, panfleto social carente de imaginación; la novela informaba, receta experimentalista mal digerida o discurso lineal previo esquema político. Y así, todos los aspectos del arte se veían sometidos a la tiranía y muñido alienante de la previsión social o al dictado de tantos improvisados sociólogos que ya por entonces proliferaban como hongos. Necesitaba encontrarme en la esencialidad menos impuesta de mi carácter, y esta nueva urgencia de rechazo voluntario vino a endurecer el caparazón de mi tendencia al solipsismo.

Un día cayó en mis manos un libro de Lezama Lima. El deslumbramiento fue cegador. Ningún autor había logrado remover con tal magia y tal sentimiento de imantación mi potencia imaginativa. Vino en el preciso momento en que más lo necesitaba. De su lectura, de que siempre me acompañé, surgió mi experiencia del «reflejo especular». Comprobé con asombro que cuanto escribía bajo el influjo lezamiano se me convertía en expresión, ya clarificada, nerudiana. Algo así como si el andrógino de Monna Lisa, sometido a los rayos Röntgen, desprendiera ante nuestros ojos atónitos, liberado de su enigmática sonrisa, el mancebo al

que suplantó. Es decir, venía a pensar yo; si situamos dos espejos uno en frente del otro, y colocamos la figura de Lezama en el primero, de modo que se refleje en el segundo, la imagen que nos dará será la de Neruda. ¿Qué quiere decir esto?

Algo como si escribiéramos un poema amoroso bajo el influjo de Juan Ramón y advirtiéramos que nos daba un precipitado poético a lo Salinas. O al revés. Porque en la experiencia del reflejo especular el tiempo ya no cuenta, sino el espacio, que puede intercambiarse según la dosis de textura anímica que empleemos. ¿Es eso así? ¿Qué fuerza misteriosa segregan los orígenes, que impidiéndonos penetrar en su recinto oracular nos despiden mediante una descarga mágica, haciéndonos naufragar en el sinfín de sus manifestaciones? ¿A qué obedece la multiplicidad del ser que, quizá, se ve condenado a ser por la imposibilidad de fundirse en una forma única? ¿Qué es la imagen sino ese reflejo ciego que desprende una forma en su perpetua transustanciación?

No son juegos, al menos para mí, que tan intensamente los había vivido. Reconozco ahora que cuanto escribí entonces se debió a este mágico influjo. Pero cuando la vida se nos impone con todo su poderío trágico, advertimos que aún somos capaces de descender peldaños más profundos de alucinada y pavorosa soledad. Había muerto mi padre. Así se me comunicó, con el trallazo lacónico de un lenguaje que se dejaba prender de tan imprevisibles adherencias. Precipitadamente marché a Sansonia, donde llegué a eso de las diez de la mañana, un día —no lo olvidaré jamás— frío y deshilachado del mes de enero.

La casa de mis padres estaba ya abarrotada de gente, en una atmósfera tan cargada de humo de tabaco, que apenas me permitió distinguir algunos rostros familiares. Mi padre había sido tendido en una reducida habitación que tenía la ventana entreabierta, por la que, de vez en cuando, se filtraban desde la calle voces profanas. Aquel rostro amable y patriarcal de campesino, que jamás había arrugado ni el más ligero rictus de dolor o angustia, se hallaba ahora tenso, fijo en algún punto invisible, con los ojos duramente cerrados; la boca abierta con desmesura, expresión obstinada tras el enfrentamiento con la realidad agobiante de la muerte. De momentos supremos es recordar algún detalle que se nos grabará para siempre. Detengo la visión de aquel éxtasis ciego, mezcla de helado estupor ante una ventana infinita que se abre o el abrazo último con que la madre tierra nos acoge, fundiéndonos en su seno. Algo que resumiera el plazo terrible donde confluyen los distintos planos de una vida que nos abandona para

ingresar en un clima de respiración insoportable, con los ojos perdidos en lo abierto total.

Comprendo que un acontecimiento tal pueda marcar definitivamente la vida del ser humano. Así en mí: mi vida ya no sería la de antes, al menos en el grado de su intensidad, pues de repente me sentí ingresar en un recinto de soledad hermética. Aunque ahora lo veo claro: soledad exasperada hacia una honda iluminación interior. Comprobé que aquella reclusión a que me inclinaba, con fuerza mayor que la que me era natural, una pérdida tan dolorosa, albergaba en su seno un germen fecundo. Me complacía en alimentar secretamente una vivencia única, y cuanto juzgaba como complacencia casi masoquista, comprendí que no era sino el cultivo paciente de una zona luminosa que ahondándome, me rebasaba y comenzaba a irradiar y ensanchar un cerco de expansión hacia fuera que antes no conocía. Por de pronto, había perdido ese pánico instintivo que sentimos ante la muerte, pues yo había muerto también de alguna manera, y la muerte ya no me resultaba extraña. Sólo cuando la sentimos tan hondamente se nos hace la vida más risueña; perdiéndole el temor a la muerte ganamos el respeto por la vida. Entonces —diría en términos que pueden parecer tópicos— nuestra soledad, por la fuerza de sí misma, deviene solidaridad.

Fue lo que me ocurrió. Mi vida poco a poco iba ganando un mayor acendramiento, una humanización más transparente. Las vivencias más dolorosas nos clarifican, «Pues lo hermoso no es más / que el comienzo de lo terrible que todavía podemos soportar», según palabras del poeta. Pero cuanto acaece en nuestra vida, por mucho que nos enriquezca, no pasa desapercibido para el animal vigilante de nuestro organismo. Habían transcurrido varios meses desde la muerte de mi padre y aún no había logrado liberarme de una obstinada obsesión; vivía bajo los efectos de lo que en un principio me pareció un eclipse. Ahora me sentía iluminado por una luz filtrada, como tamizada en su rotundidad, una luz melancólica que el cedazo de alguna gruesa nube invisible espolvoreara con el vuelo sutil de la tristeza; algo así como una sombra luminosa que se elevara desde las franjas más hondas de la conciencia; conciencia que debería atribuir, más que a un estado de neurosis, a una inmersión real que se había superpuesto a aquel en que yo vivía; una segunda atmósfera surgida del vacío de la vida que antes me era natural. Inmersa en un crepúsculo permanente de un sol interior que alumbrara a través del cuerpo transparente de la tierra.

Escribí nuevos versos, bajo la mirada de esa luz; asomado al abismo de la tierra, ya abierta para mí con el temblor de la reciente caída del ser querido. Y la tierra se me manifestó por la vía más accesible, la del verso. Escribía con furia, como acosado por un demonio interior que blandiera delante de mí un hacha de fuego. Alucinado por una visión que se me ofrecía en todo su esplendor. Pero el agotamiento físico iba produciendo sus efectos muy lentamente y los médicos me aconsejaron un cambio de ambiente donde mi sistema nervioso hallara el sosiego que necesitaba.

No muy lejos de Bolscan, como a unos veinte kilómetros, hay un pueblecito, de nombre Acuario. Siguiendo la carretera general que conduce a Oroelia, es necesario desviarse hacia la izquierda, remontando lo que antes era un camino vecinal, siempre al dictado de un torrente que lo acompaña, espumante en invierno y casi seco en los días que preceden al estiaje, no sin antes haberse pertrechado en sus pozos hondos de un agua verde cristalina. Tras poco más de media legua de camino, avistamos el pueblo. La visión resulta imponente. Al fondo, un crestón rocoso ceniciento, prolongación de una cadena montañosa cuyas moles de arenisca rojiza reciben el nombre de mallos, dada la original conformación de su estructura; un poco más abajo, casi al pie de la roca, queda emplazado Acuario, presidido por una esbelta torre dorada de seis prismas, que remata un airoso chapitel de forma ovoide azulada, flanqueado por cuatro pináculos; abajo, en el lugar donde nos encontramos, un profundo valle de encinas, olivos y almendros que sombrean cuadros destellantes de trigales y viñedos; a nuestras espaldas, la sierra somontana con un fleco esponjoso de pinares. Acuario es un rincón privilegiado de la naturaleza, un jardín recoleto soñado por los árabes. Contemplado a ciertas horas del atardecer, el pueblo semeja una brasa vivísima.

Me alojé en un hostelito moderno de inspiración montañesa, que desde casi la misma base de la roca se abre a un paisaje delirante. Tuve la suerte de que el buen tiempo me acompañara ya desde principio. Me levantaba sobre las diez de la mañana, cuando la algarabía de los vencejos, al descender de las alturas, adquiría el mayor estrépito de su aletazos, y me acostaba a las doce de la noche, cuando el viento solano empezaba a penetrar por la falla tectónica de Izuel con la trompetería de un órgano montaraz. Los primeros días de mi estancia allí me distrajo la novedad del lugar; mi vida se reducía a contemplar los mil accidentes del paisaje. Pronto me llamó la atención el terrible panto-

crátor de la fachada románica de la iglesia, escueto y feroz entre los cuatro signos tetramórficos. Aquella figura magnífica tenía que pesar en el alma de los habitantes de Acuario; la presencia de ellos sigilosa y como sorprendida, su habla cuchicheante ante la inminencia de alguna revelación misteriosa, no dejaron de impresionarme. Hasta el juego de los niños en la alta plaza colgante parecía mediatizado por esa fuerza invisible. A los pocos días, el centro de mis paseos lo constituyó una ermita que se hallaba a dos kilómetros del pueblo. Una ermita gigantesca, iglesia en otro tiempo, en la que no se sabía qué admirar más, si las innumerables huellas de los canteros o su finísimo tímpano, sostenido por dos graciosos modillones labrados. Todo esto sirvió para distraerme, o más bien, para afianzarme en el fondo de un destino del que no podía escapar.

¿Por qué —pensaba— había tardado tanto en llegar aquí? ¿Qué mágico sortilegio aleja de nosotros cuanto puede distraernos de la aventura esencial de nuestra vida? Y, sin embargo, había tenido que recorrer un camino lento, macerado por mil acontecimientos, vulgares si se quiere, pero que me habían preparado para hacerme digno de hallarme aquí. Venía a verme yo en esa figurilla risueña y apacible, que apoya su mentón en un cayado y entorna suavemente los ojos hacia la interioridad de su destino silencioso. Todos mis días recogidos en honda expectación para que el maestro Deia d'Aresa me soñara en el tímpano prodigioso. Años y años de búsqueda para que en un momento la visión que me había atormentado se manifestara. El cantero lo sabía ya hacía siglos y se me había ocultado astuto tras la piedra candéal.

Una mañana espléndida me levanté muy temprano porque quería acercarme hasta el pie de la roca gigante. El centro de la montaña semejaba una monstruosa venus esteatopígica, con trazos claramente visibles a cualquiera: un vientre de tierno vello verde y más abajo, entre las caderas enormes, una profunda gruta, semejante a una vulva de alguna divinidad terrestre. El sol colgaba en el cielo como un globo palpitante mecido a impulsos de la brisa. Me acerqué a la gruta y al punto oí con terror y pavor una voz nítida venida del fondo. Nadie había allí ni en las cercanías, y, sin embargo, la voz me llegaba con mayor claridad. Después, voces y más voces, ahora ininteligibles. ¿Qué me decían estas voces? ¿Me hablaba la tierra con su voz oracular, al fin ya manifiesta? ¿Había logrado conectar con el origen? Arriba los vencejos destellaban al sol como notas musicales. La Peña Sola, que se destaca aislada del resto del macizo, iba cobrando la transparencia iluminada de un pórvido solar.